

Una cosa muy triste de la condición humana es que, cuando tratamos de lidiar con nuestros defectos, es muy difícil no incurrir en otros peores. Por un lado está la culpa, que es degradante e inútil; por otro la autocomplacencia, o simplemente la pereza que nos da tratar de perfeccionarnos.

Sin embargo, pienso que debemos ser, en cierto sentido, intransigentes con nosotros mismos, y no despreocuparnos de procurar la virtud. El concepto de virtud es anticuado, y al pronunciarlo no quiero hacerme pasar por un griego. La virtud es algo verdadero, y todos conocemos no sólo personas virtuosas, sino el delicioso amor que nos inspiran. Sólo un necio no ha suspirado alguna vez pensando en la compasión, la capacidad de perdonar, o la rectitud de alguna persona que la vida puso en su camino. De *esa* virtud estoy hablando, y no de un ideal abstracto.

Platón cometió el error de asociar la educación con la virtud y el vicio con la ignorancia. Esto es, sin duda, un ideal aristocrático, y mi experiencia lo desprueba. La educación puede mejorar a una buena persona tanto como empeorar a una mala, y por sí sola nos dice muy poco acerca de su calidad humana. Una de las personas más virtuosas que he conocido, cuya vida pareciera transcurrir en incesante dicha y amor, es una hermosa mujer que aprendió a leer en su edad adulta, llevó por mucho tiempo una vida campesina, y apenas recibió educación formal. Por otra parte, conozco personas ruines con una educación excelente, y sus lecturas y saberes sólo las vuelven más sutiles.

Debo aclarar que lo que digo no parte de una falsa sensación de superioridad o sabiduría. En verdad, conozco pocas personas tan llenas de rasgos infelices como yo. Por cada virtud encuentro al menos una falencia, y en mi memoria atesoro ciertas cosas que me enorgullecen y otras tantas que me avergüenzan. Una de mis memorias más felices es un día en que salvé cientos de peces en una sequía, pero en mi adolescencia, por simple brutalidad, asesiné a una hermosa lechuza. Con muchas dificultades, salvé a un cachorro de morir de frío; a otro, que vi siendo maltratado por un bruto, lo olvidé. A mis amigos les he ofrecido un hombro para llorar; en cierta ocasión, lleno de ira, también quise ofrendarles mi castigo y mi violencia. Soy, en suma, un hombre común y corriente: la impresión de la huella divina y el pecado original vibran en mí con igual potencia.

El primer obstáculo que encuentro al tratar de examinarme, o simplemente al lidiar conmigo mismo cada día—que no es fácil—, es la culpa que me generan mis propios vicios y defectos. Me desagrado fácilmente: mi rutina no es lo suficientemente buena, no leo tanto como quisiera, y no estudié tantas matemáticas como me gustaría. Incluso cuando mis días son excelentes, y son dedicados por completo al estudio y al trabajo, me pesa la sensación—que mi historial familiar justifica—de que no viviré demasiado y, por lo tanto, de que mi tiempo no es

suficiente.

Si estudiamos el asunto con algo de frialdad, es evidente que la culpa que nos generan nuestros vicios es inconducente. No contribuyen ni a expiar un error cometido ni a reparar un daño, y si examinamos el estado general de las cosas, *ceteris paribus*, un mundo en que una persona está sintiendo culpa es peor que uno en que no la está sintiendo. En la medida de lo posible, debemos olvidar todo lo que hagamos mal, a no ser que sea para aprender a actuar mejor.

> El olvido es la única venganza y el único perdón

Esto no es fácil si una persona es sensible, porque de todos los sentimientos oscuros, la culpa es el único que se nos inculca falsamente como una virtud. Miles de jóvenes todos los días son forzados a repetir, mientras golpean rítmicamente sus pechos:

> Por mi culpa, por mi culpa, > por mi gran culpa.

Pero la culpa es un sentimiento verdaderamente terrible. César Vallejo, en *Los heraldos negros*, describe al hombre azotado por todas las tragedias como uno cuyos ojos traicionan que su vida se enpoza en un *charco de culpa*. Todos conocemos la historia de Judas, que lloró: *I have sinned in that I have betrayed the innocent blood*, y se ahorcó. Dante, poco después de entrar en el cuarto círculo, exclama: "¿Por qué dejamos que nuestra culpa nos consuma de este modo?". Y Edipo, al descubrir su propio crimen, se quitó la vista. Cualquier educación sentimental que se precie debería prevenirnos de este mal, que no es un fin en sí mismo ni un medio para un fin feliz.

Algunas personas, incluso por cosas menores, como el despertarse tarde o el beber unos tragos de más, se sumen tan hondamente en su culpa que son incapaces de continuar su vida con normalidad. Los azotan sentimientos de vergüenza y autodesprecio. Se ocupan tan ardua y esmeradamente del castigo de sí mismos, que nos les queda tiempo de nada más; y así, al final del día, a la desdicha original le agregan también la de sentir que el tiempo se les fue de las manos sin haberlo logrado que rinda frutos.

Si bien somos educados para sentir vergüenza por nuestras desviaciones, y hasta cierto punto esto es indicativo de cierta sensibilidad, pienso que podemos despojarnos de ese sentimiento si lo examinamos racionalmente. Es falso que seamos del todo racionales, y en general no controlamos lo que sentimos, pero es verdadera la máxima estoica según la cual no nos afectan las cosas, sino nuestras ideas de las cosas. Si las personas se entregaran a un examen genuino de la culpa, creo que verían fácilmente cuán inconducente es, y pienso que esto sí reduce nuestra propensión a sentirla. Mi propio caso es evidencia, puesto que siempre tendí a

sentirme culpable incluso por cosas menores, y logré liberarme hasta cierto punto de ese defecto a través de su análisis.

Por otro lado, algunas personas se eximen demasiado fácilmente de la responsabilidad de lidiar con sus vicios. En algunos casos incluso los trastocan en virtudes. ¿Cuántos hombres vengativos, con la vanidad herida, cobraron la culpa de sus enemigos en nombre de la justicia? ¿Cuántos antisociales y soberbios justifican su desprecio de la gente con una supuesta superioridad moral o intelectual? Leen a Antonio Machado, que nos dice de los hombres felices:

> donde hay vino, beben vino; > donde no hay vino, agua fresca

y asienten solemnemente, pero son incapaces de disfrutar de la fraternidad humana. La culpa, que es la contracara de esta facilidad innata para la autoabsolución, al menos revela un atisbo de sensibilidad para con nuestros errores; y de todos los malos modos en que podemos lidiar con nuestros defectos, no hacerlo en absoluto es el peor.

Parece que estoy diciendo cosas triviales, y en verdad es así, pero hay trivialidades cuya práctica es muy difícil. Nuestros defectos se arraigan con más facilidad que nuestras virtudes, y la tentación de hacer la vista gorda con ellos es muy grande.

Además, existe gente que sería capaz de corregirse si dedicara un poco más de sus vidas a la introspección. Mirar dentro de uno mismo es un arte peligroso que fácilmente se transforma en solipsismo y estupidez. Véase nomás hasta qué punto incluso un hombre como Jung llegó a perderse por ella. La introspección no es un fin en sí mismo y debería ser resolutive; es decir, orientada a tomar una decisión enérgica. Una vez se alcanza la resolución, nuestro tiempo está mejor gastado lidiando con las hermosuras que nos ofrece el mundo, que no son pocas, antes que en la exploración de nuestras propias almas, que no son muy atractivas.

Habiendo dicho esto, una total falta de hábito introspectivo es el medio más seguro para la constancia. Quien no se examina no se cuestiona; quien no se cuestiona no cambia, y quien no cambia no evoluciona. No es suficiente carecer de la vanidad que nos impide reconocer nuestros defectos: primero hay que contar con la capacidad de verlos. Cualquiera que haya convivido con alguien puede ver cuánto las personas chocan una y otra vez con la misma piedra. Cuando sufren por algo, simplemente sufren; no se detienen a examinar si contribuyen a su propio sufrimiento. Por regla general, nos es más fácil ver estas flaquezas en otros, pero pienso que todos somos al menos un poco así.

En suma, encuentro que son tres los caminos que pueden ayudarnos a volvernos mejores: la introspección orientada a formar reglas para la acción, la aniquilación de toda culpa, y la falta de vanidad. Si logramos vernos francamente, con todas

nuestras desgracias, y aún así evitar la culpa y la inacción, podemos darnos por satisfecho. No hay nadie tan malo que no pueda volverse al menos un poco mejor.